

La crónica literaria y la comunicación de un saber a través del cuerpo y la voz

The literary chronicle and the communication of knowledge through body and voice

CLELIA MOURE¹

RESUMEN: El artículo propone una lectura crítica de dos crónicas latinoamericanas contemporáneas: “Escrito en el cuerpo” de Josefina Licitra y “La esquina es mi corazón (o los New Kids del bloque)” de Pedro Lemebel. En ambos casos la crónica vehiculiza una experiencia de la historia, recuperando para la memoria colectiva historias minoritarias, excluidas del régimen de verdad de la “historia monumental” en términos de Nietzsche, y por lo tanto, ajenas a la circulación del saber. El “saber oficial”, que configura y controla la circulación de los discursos en las instituciones escolares, ha excluido –por sus propios imperativos epistemológicos– las historias minoritarias. En esta perspectiva crítica, el artículo postula la necesidad de hacer valer las crónicas como herramientas de comunicación de un saber que hace a la identidad de nuestros pueblos y que configura nuestra experiencia colectiva.

PALABRAS CLAVE: Crónica; saber; experiencia.

ABSTRACT: This article proposes a critical reading of two contemporary Latin American chronicles: “Escrito en el cuerpo” by Josefina Licitra and “La esquina es mi corazón (o los New Kids del bloque)” by Pedro Lemebel. In both cases the chronicle conveys an experience of history, recovering minority stories excluded from the paradigm of “monumental history” in Nietzsche’s terms, and therefore, alien to the circulation of knowledge. The

1. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, Argentina.

“official knowledge,” which shapes and controls the circulation of institutional discourse, has excluded minority stories by its own epistemological imperatives. In this critical perspective, the article postulates the need to assert the chronicles as tools to communicate a knowledge that makes the identity of our people and shapes our collective experience.

KEYWORDS: Chronicle; knowledge; experience.

La historia y la literatura han sido consideradas durante siglos como dos series divorciadas, como dos campos de conocimiento ajenos y aun contradictorios. De hecho es una dicotomía que encontramos en la base de nuestra cultura occidental: ya Aristóteles da por sentado que la historia se homologa a lo realmente sucedido, y la literatura (las artes miméticas) a aquello que podría suceder. En términos modernos, la literatura se asocia tradicionalmente a la ficción, y la historia a la realidad. Si bien esos presupuestos están hoy muy problematizados, no cabe duda de que aún persisten en el inconsciente cultural y determinan la consideración de esos dos saberes como “asignaturas” disociadas en el seno de nuestras escuelas y de nuestras academias.

La cuestión que acabo de evocar brevemente es parte de un largo y fundamental debate que ha tenido lugar en la escena epistemológica de la segunda mitad del siglo XX y que se extiende hasta nuestros días. Pero lo que me interesa señalar aquí es de qué manera la crónica latinoamericana y su excepcional productividad durante las últimas décadas del siglo XX y lo que va del siglo XXI ha puesto en tensión aquellos presupuestos, y ha generado tanto en el público lector como en los docentes y los críticos literarios una clara consciencia de que las dos series aparentemente separadas: la literatura y la historia, protagonizan una nueva alianza, un nuevo discurso que propicia un saber: el de la historia reciente y particular de América Latina.

El saber de la crónica se conecta con la enorme cuestión de la construcción de la verdad. En este terreno, resbaladizo y muy polémico, ha descollado Michel Foucault (1978) quien, en la línea de pensamiento inaugurada por Friedrich Nietzsche en el siglo XIX, analiza los postulados de la Historia (“la Historia de los historiadores” en sus términos) en vínculo problemático con la Voluntad de Verdad que esos postulados promueven y al mismo tiempo ocultan, por cuanto la Voluntad de Verdad aparece siempre enmascarada. Este nuevo conjunto de problemas encontrará cauce en un campo disciplinario inédito, que será ejercido en los bordes de la filosofía, la lingüística, la antropología y la historia, campo que tendrá a Michel Foucault como protagonista: la arqueología del saber. Foucault advierte sobre la falsa separación entre el objeto y el sujeto de un saber. Los discursos disciplinares no son inocentes respecto

de la selección y el recorte de aquello que tratan: abordan su objeto desde *una perspectiva* (toda visión es una visión direccionada, como postulaba Friedrich Nietzsche, 2000; 2006; 2010) y por lo tanto el objeto de un saber es también *objeto producido*.

La crónica literaria (que no cesa de producirse en nuestro continente) verifica una tensión no resuelta: se trata de un discurso histórico, es decir, aquél que se propone a sí mismo como un relato de los hechos, y al mismo tiempo la posición del sujeto y el empleo del lenguaje lo acercan a la literatura, o más aún, lo incluyen en el sistema literario. La crónica es y ha sido desde sus orígenes un discurso atravesado por la hibridez genérica. Algunos autores han reivindicado esa ambigüedad constitutiva como un valor; otros la han considerado un problema a resolver; otros la han negado como si fuera una limitación inaceptable. Indiferente a estas consideraciones de corte moral, los autores de crónicas siguen escribiendo textos que celebran este cruce y lo convierten en la clave de su valor y de su vigencia.

Este breve trabajo crítico aborda la lectura de crónicas que se proponen como vehículos de una experiencia de la historia, lo cual implica un modo particular de conocimiento. Esa experiencia y ese conocimiento no circulan por los carriles habituales. Hay en estos textos una especial conexión entre sujeto y escritura, entre historia y ficción, entre el lenguaje y el campo vibratorio de los cuerpos. A continuación voy a ofrecer mi lectura de dos crónicas que pertenecen a autores muy diferentes; la conexión está dada por la singular imbricación que observo entre cuerpo, memoria, tiempo y escritura.

1. EL CUERPO. JOSEFINA LICITRA

“Escrito en el cuerpo” de Josefina Licitra² es una crónica ejemplar. Uso esta palabra anticuada en un sentido preciso: el texto es un ejemplo de la composición heterogénea propia de la crónica, llevada a un alto grado de densidad, puesto que en muy pocas páginas se condensa la historia personal en una línea de tiempo que dejó sus marcas en el cuerpo, lo que provoca que tiempo y cuerpo sean aquí indiscernibles, dos series imbricadas, resonando una en la otra. A la vez la historia colectiva también ha dejado sus marcas en el cuerpo textual, atravesando la escritura. Intentaré cartografiar esa heterogeneidad.

2. El texto apareció originalmente en *Lamujerdemivida*, número 24, 2005. Recopilado en: Jaramillo Agudelo, Darío (editor): *Antología de crónica latinoamericana actual*, Buenos Aires, Alfaguara, 2012. p. 346-351. Todas las citas están tomadas de esta última edición.

El primer rasgo de la composición que acabo de señalar se lee, contundente y preciso, en la primera oración: “Estoy parada, desnuda, frente al espejo del baño. Miro mis marcas” (LICITRA, 2012, p. 346). La crónica asume en tiempo presente el punto de vista personal, íntimo, de una mujer desnuda frente al espejo. Detenimiento, intimidación, soledad y silencio enmarcan la voluntad de observación que anima la escritura. El relato, con este punto de partida, va a seguir el camino de la condensación: “La primera operación fue a los cuatro años, en el Hospital de Niños”. Es el comienzo de la historia, signada por intervenciones en el cuerpo, las cicatrices que dejó cada una de ellas, su recuerdo indeleble. He aquí la transposición propia de esta crónica: mirada-cuerpo-memoria-pasado-presente, una línea de heterogeneidad (“un bloque de devenir”) que atraviesa la escritura y la hace física, material. El tiempo narrativo se suspende sin ser abolido; su transcurrir natural se ha puesto entre paréntesis, acompañando la visión de la protagonista frente al espejo.

Inmediatamente después, en la descripción de “el problemita” resuena la voz familiar, y las alternativas del plan médico provocan la ominosa sensación que afecta tanto a la niña que narra como al lector que espera su relato:

El plan médico buscaba reconstruir el pabellón auditivo, quitar cartílago de una costilla, darle forma, envolverlo en piel –mi propia piel, quitada del lado interno de un brazo– y transformar semejante manualidad en una oreja que nos dejara a todos contentos. (LICITRA, 2012, p. 346).

Después del cuarto párrafo el punto de vista se desliza suavemente desde la mujer que mira sus marcas en el espejo del baño hacia el de la niña; ese traslado instala la visión infantil *actualizada* en el relato:

La habitación del hospital, vista desde la infancia, era de un tamaño fabuloso. Estaba cruzada por dos hileras de camas de hierro y rodeada de ventanales inmensos por los que entraba una luz muy blanca y muy triste. A la noche, el aire se llenaba de llantos, toses y quejidos, y el rumor de enfermeras sobrevolaba los colchones como si fuera una suave horda de pájaros nocturnos. Ya en la mañana, una mujer –¿gorda?, ¿buena?– pasaba con una bolsa y repartía juguetes y nos hacía creer que ahí adentro, en ese lugar inmundo, uno podía ser feliz. También había una maestra que nos esperaba en el centro de la sala. Allí iba yo con Isabel, mi amiga pelada. (Ibid., p. 346).

El lector sobrevuela –como los pájaros nocturnos evocados– la enorme habitación, las dos hileras de camas de hierro, y percibe los sonidos intransferibles a un discurso objetivado. Escuchamos la voz de la niña afirmando que por los ventanales inmensos “entraba una luz muy blanca y muy triste”; es la memoria infantil la que no logra precisar los contornos de la “mujer –¿gorda?, ¿buena?–” que repartía juguetes en la sala. La visión y la memoria personal, atravesadas por la línea de heterogeneidad tiempo-cuerpo, inscriben en el texto lo que de otro modo se perdería.

Al mismo tiempo que registra los hechos desde un punto de vista particular, en este caso íntimo, la escritura es territorializada por la historia colectiva, que también deja marcas: “Habíamos esperado meses por el turno y, cuando al fin se nos dio, hubo paro de anestesistas. Mi mamá, en ese entonces, tenía veinticuatro años, un pasado militante, un marido exiliado y toda la soledad del mundo” (Ibid., p. 346). “Mi postoperatorio empezó el mismo día en el que Boca salió campeón de una Copa Sudamericana” (Ibid., p. 347).

Esperar meses por un turno para ser operada en el Hospital de Niños es el suceso que comienza a atar esta historia individual a la historia colectiva. No es un “gran suceso” ni un acontecimiento registrable para la “historia monumental” en términos nietzscheanos, pero precisamente por eso es un acontecimiento clave en la construcción de esta crónica. El paro de anestesistas – “poco más de dos semanas imborrables, en las que supe que la vida no deja su huella sólo en el cuerpo” (Ibid., p. 346) – es otro acontecimiento imperceptible para “la historia de los historiadores” pero que actúa como suceso efectivo en la experiencia vital de cualquier lector latinoamericano.

Me parece oportuno hacer una pausa (una parada en el recorrido de lectura) para que el texto de Licitra eche luz sobre una extraordinaria reflexión de Michel Foucault acerca del trabajo genealógico. El pensador francés descrea de “las génesis lineales”, por cuanto tratan de ordenar la historia

[...] como si este mundo de cosas dichas y queridas no hubiese conocido invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, trampas. De aquí se deriva para la genealogía una tarea indispensable: *percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por no tener nada de historia –los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos–; captar su retorno, pero en absoluto para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar.* (FOUCAULT, 1979, p. 7-8, énfasis mío).

El paro, el pasado militante y el marido exiliado de la madre, y también el Boca campeón de una Copa Sudamericana configuran *la singularidad de los sucesos* no sólo percibida por el sujeto que narra (lo cual es obvio) sino apropiada por el texto para hacer saltar lo que pasa inadvertido a los discursos que se dan a sí mismos una regla moral: establecer génesis lineales, aquellas que puedan ser absorbidas por los hábitos racionales de nuestro pensamiento disciplinar y disciplinado. Este texto resiste a ese disciplinamiento moral y se ofrece como un cuerpo lleno que permite “descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están en absoluto la verdad ni el ser, sino la exterioridad del accidente” (Ibid., p. 13). Esta historia escrita en el cuerpo, como reza su título, nos advierte sobre la imposibilidad, sobre el carácter ilusorio de una identidad que se pretenda invariable, esencial, idéntica a sí misma. El texto de Licitra sabe que escribir una historia personal (“las marcas con historia” – LICITRA, 2012, p. 348) implica reconocerse en aquello que la fragmenta, que la hace diferente, unida a las desviaciones, a lo inesperado o fortuito, a los fallos (“me tocó un cirujano que, intuyo, no sabía distinguir una oreja de una medialuna de grasa” – Ibid., 347), a los errores, las mentiras, los disfraces (“el problemita”), a la falsa compasión o a la mala conciencia.

Si hay algo que saben los cronistas, que este brevísimo texto demuestra, que muchos filósofos de nuestro tiempo han desplegado en sus lúcidos desarrollos teóricos³ es el carácter ilusorio de la representación clásica del tiempo histórico. Con sus cortes, sus líneas ascendentes, su pretensión de hallar el origen, la verdad y la esencia de las cosas y los seres, la Historia monumental ha excluido el accidente, lo imprevisible, lo azaroso, lo menor, lo múltiple y lo disperso. Los cronistas latinoamericanos han emprendido una verdadera épica minoritaria –valga la expresión paradójica– al recuperar para nuestro saber los acontecimientos singulares, descartados por la vocación metafísica de nuestro orden cultural. Lo que tenemos en este texto –y lo veremos en muchas otras crónicas– es una percepción física del tiempo que pasa por la experiencia del sujeto que escribe, sólo para dar en la experiencia del sujeto que lee. La imposible coincidencia de ambas percepciones determina el tiempo móvil de la crónica, el espacio de una tensión que no se resuelve pero que avanza hacia otro punto de tensión articulado en el párrafo siguiente, en un recorrido que no cesa.

3. Valgan como ejemplos insoslayables: Michel Foucault, Walter Benjamin, Giorgio Agamben, Michel de Certeau, Paul Ricoeur.

2. LA VOZ. PEDRO LEMEBEL

En “La esquina es mi corazón (o los *New Kids* del bloque)”, texto que da título al primer volumen de crónicas publicado por Pedro Lemebel⁴ (Santiago de Chile 1952-2015), el cronista se detiene en la observación de los jóvenes desocupados que pueblan los bloques, viviendas precarias con débiles y permeables tabiques de yeso:

Una bolsa cúbica que pulsa su hacinamiento ruidoso donde nadie puede estar solo, porque el habitante en tal desquicio, opta por hundirse en el caldo promiscuo del colectivo, anulándose para no sucumbir, estrechando sus deseos en las piezas minúsculas. (LEMEBEL, 1995, p. 15).

La crónica está dedicada a “los chicos del bloque”, y la voz del cronista lejos de la distancia que objetiva y regula el verosímil de la descripción etnográfica convencional, construye su relato en clave afectiva. La dedicatoria inicial se continúa en la segunda oración: “Yo me fumo esos vapores en un suspiro de amor por su exilio rebelde. Un brindis de yodo por su imaginario corroído por la droga [...] expuestos y dispuestos a las acrobacias de su trapecio proletario” (Ibid., p. 15).

El tono, consecuente con el “suspiro de amor por su exilio rebelde”, es el que opera la revolución de la mirada: el comportamiento marginal, señalado y censurable desde el punto de vista de los “integrados” (el *nosotros* implícito de toda enunciación) da un giro de ciento ochenta grados para mirar a estos “chicos de la pobla” desde dentro. Entonces la ampolleta quebrada y vuelta a quebrar – la agresión al alumbrado público, a la legalidad iluminada – es vista en su lógica y por lo tanto es comprendida:

Un pasar trashumante de suelas mal pegadas por el neoprén que gotea mortífero las membranas cerebrales, abriendo agujeros negros como ventanas enlutadas o pozos ciegos donde perderse para avizorar apenas la ampolleta del poste. Tantas veces quebrada, tantas veces repuesta y vuelta a romper, como una forma de anular su halógeno fichaje. De retornar a la oscuridad protectora de los apagones, transformando el entorno conocido en selvática de escamoteo. (Ibid., p. 16).

4. Cf. MOURE, 2013.

Aunque rompan las lámparas del alumbrado público y le roben a punta de pistola las zapatillas Adidas “a un loquillo pulento que vino a mover”, la alusión al pegamento mortífero los determina como víctimas que necesitan protección. El punto de vista está alineado con la mirada de los muchachos del bloque, y ello nos acerca a su comprensión del mundo sin explicaciones ni justificaciones sociológicas o psicológicas, sin condena política o moral y sin vindicación demagógica. Nos introduce en su mundo, su lenguaje y su corazón: las condiciones de vida-muerte en el bloque.

Sin transición, sin comillas ni guión de diálogo, el punto de vista se desliza en el quinto párrafo hacia la primera persona y le otorga al relato –que ya tenía su mirada– *la voz* del protagonista. Aquí el procedimiento permite que el *New Kid*, con su propia voz y su lengua marginal, *under*, caracterice su propia vida ubicada con precisión etnográfica al margen de la ley y del espacio urbano, cuyos agentes han caído detrás del horizonte de la utopía social:

Era broca y se quedó tieso cuando le pusimos la punta y le dijimos “coopera con las zapatillas, loco”, y después con los bluyines y la camisa. Y de puro buenos no le pusimos el ñato, porque estaba tiritando. Y aunque era paltrón nos dio lástima y le contamos hasta diez, igual como nos contaban los pacos, igual se la hicimos al loco, porque aquí la ley somos nosotros, es nuestro territorio, aunque las viejas reclaman y mojan la escala para que no nos sentemos. Entonces nos vamos a los bloques de atrás y se queda la esquina sola porque andan los civiles y empiezan las carreras y los lumazos, hasta se meten en los departamentos y nos arrastran hasta la cuneta y después al calabozo. (Ibid., p. 16).

La voz del joven está al servicio de la *vocalización del registro escrito*. Lemebel transpone a su escritura las voces de la esquina, pero primero ellas han sido oídas y su audición pasa a las páginas de la crónica sin perder su calidad vocal, conservando la urgencia de su enunciación que no se detiene en aclaraciones lexicales (“era broca”, “no le pusimos el ñato”, “era paltón” son términos propios de la jerga y no serán dilucidados ni por el protagonista ni por el narrador en tercera persona) ni aclara las rápidas alusiones a la vida en el bloque: el cronista las vierte como han sido dichas, sin aclaraciones innecesarias. Por ejemplo: “aunque estemos limpios igual te cargan y la vieja tiene que conseguirse la plata de la multa” (Ibid., p. 16).

En el séptimo párrafo el joven termina su confidencia (el tono ha sido personal, reflexivo, casi confesional) con una referencia a la continuidad natural entre la vida y la muerte, propia de los bloques:

Y aunque le digo [a la vieja] que se quede tranquila, ya no me cree y me sigue gritando que son las doce, que me levante, cuando para mí las únicas doce son las de la noche, cuando me espera el carrete del viernes o sábado, para morirme un día de estos de puro vivo que estoy. (Ibid., p. 16).

El cronista entonces vuelve al propósito de registro, elaborando una analogía entre los bloques y el cementerio que muestra la condición literaria de esta crónica:

Muchos cuerpos de estos benjamines poblacionales se van almacenando semana a semana en los nichos del cementerio. Y de la misma forma se repite más allá de la muerte la estantería cementaria del hábitat de la pobreza.

Pareciera que dicho urbanismo de cajoneras fue planificado para acentuar por acumulación humana el desquicio de la vida, de por sí violenta, de los marginados en la repartición del espacio urbano. (Ibid., p. 16).

La metáfora es clara y eficaz. Nichos del cementerio/urbanismo de cajoneras: “la estantería cementaria del hábitat de la pobreza”. Ahora atendamos a la denuncia que se filtra en el interior de la metáfora: el urbanismo planificado provoca que haya marginados en la repartición. El desquicio de la vida es política urbana y tiene un propósito definido: violencia, muerte y marginación planificadas.

3. LAS CRÓNICAS COMO VEHÍCULO DE EXPERIENCIA Y COMUNICACIÓN DE UN SABER

En ambas crónicas las voces, el cuerpo y la memoria generan sus respectivas y diferenciadas micro-políticas de resistencia. El cronista ha cartografiado en ambos casos el punto de emisión de una voz singular que no tenía discurso. Y esa voz singular se presenta como una posición plena de sentido. Como sostiene Hayden White,⁵ la configuración literaria es una necesidad inherente al relato de los hechos, por cuanto esa articulación ficcional provoca una *experiencia* de los sucesos narrados.

5. “[...] el fracaso de los historiadores profesionales en nuestro propio tiempo para hacer de los estudios históricos una ciencia. El reciente “retorno a la narrativa” manifiesta el reconocimiento entre los historiadores de que un escrito más “literario” que “científico” es lo que se requiere para un tratamiento específicamente historiográfico de los fenómenos históricos.” (WHITE, 2003, p. 49).

La configuración literaria de la crónica es la clave, por lo tanto, de su intervención en el relato de los acontecimientos históricos.

Por eso considero que la crónica latinoamericana contemporánea, de la que he dado apenas dos ejemplos, pero cuya producción en las últimas décadas no deja de intensificarse, es una nueva alianza entre la literatura y la historia, y por ello se configura como una nueva herramienta en la comunicación de un saber. Y un saber crucial para nuestros pueblos latinoamericanos: el de su propia historia reciente que determina las condiciones de su presente y de su porvenir. Las crónicas ofrecen una oportunidad excepcional para hacer oír voces y echar luz sobre acontecimientos silenciados por los discursos oficiales; son un material incomparable por su calidad literaria, su condición vocal y su poder de afección (en términos de Spinoza y Deleuze⁶) que los docentes no podemos desaprovechar.

He dicho antes que los cronistas latinoamericanos han emprendido una verdadera épica minoritaria al hacer oír las voces silenciadas y recuperar para la memoria colectiva sucesos que se perderían por “no tener nada de historia”, como dice irónicamente Foucault (1978) en su tratado de 1969, ya citado. La comunidad – sobre todo la comunidad escolar – espera y merece que los docentes estemos a la altura de la épica de nuestros escritores, y tomemos la decisión de llevar las crónicas a las aulas, con el propósito de comunicar experiencias, acontecimientos y condiciones de vida de grupos o individuos que integran nuestra historia, y que han sido frecuentemente ignorados por lo que llamamos “el saber oficial” a causa de sus imperativos epistemológicos. La Historia Monumental (en términos de Friedrich Nietzsche, 2010) presenta como principios constitutivos la generalización y la construcción de regularidades, necesarias para implementar los cortes con los que procede. En este paradigma, la representación de un objeto, sujeto o episodio es el resultado de una abstracción que, como tal, procede por generalización, desconociendo o aplanando las diferencias. En las crónicas latinoamericanas contemporáneas se opera un trazado que desanda el camino de la separación, diluye la distancia y se propone atravesar el corte. Los procedimientos literarios de la crónica actúan sobre el cuerpo y desautomatizan la percepción. Lo menor, lo olvidado, lo silenciado, lo no tenido en cuenta es recuperado por el discurso de la crónica para la memoria social generando un nuevo régimen de construcción del sentido histórico.

6. Cf. DELEUZE, 1986; 2004a; 2004b y DELEUZE; GUATTARI, 1985; 1988.

Afirmo con Hayden White que los *acontecimientos* ocurren, y de hecho son atestigüados por los registros documentales y los monumentos o sus rastros; pero “los hechos son contruidos conceptualmente en el pensamiento y/o figurativamente en la imaginación” (WHITE, 2003, p. 53), ése es su espacio y su condición de posibilidad. La poesía y la ficción actualizan el acontecimiento y por ellas la historia deviene *experiencia*. La voz del cronista construye un relato en clave afectiva. Los docentes sabemos que el afecto es el vehículo más eficaz para la comunicación de cualquier saber.

REFERÊNCIAS

- DELEUZE, G. *Nietzsche y la filosofía*. Trad. Carmen Artal. Barcelona: Anagrama, 1986.
- _____. *Spinoza: filosofía práctica*. Trad. Antonio Escohotado. Buenos Aires: Tusquets, 2004a.
- _____. *En medio de Spinoza*. Trad. Editorial Cactus. Buenos Aires: Cactus, 2004b.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. *El Anti-Edipo*. Trad. Francisco Monge. Barcelona: Paidós, 1985.
- _____. *Mil mesetas*. Trad. José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-textos, 1988.
- FOUCAULT, M. *La arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1978.
- _____. *Microfísica del poder*. Trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. Madrid: La piqueta.
- LEMEBEL, P. *La esquina es mi corazón*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1995. [Reedición: Santiago de Chile: Seix-Barral, 2004.]
- LICITRA, J. Escrito en el cuerpo. En: DARIO, J. A. (comp.). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Buenos Aires: Alfaguara, 2012.
- MOURE, C. *La voz de los cuerpos que callan. Las crónicas de Pedro Lemebel: entre la literatura y la historia*. Tese (Doctorado en Letras)- Universidad Nacional de La Plata, 2013. Disponible en: <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1001/te.1001.pdf>>.
- NIETZSCHE, F. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*. Ed. Manuel Garrido Giménez. Madrid: Tecnos, 2010.
- _____. *Segunda consideración intempestiva*. Trad. Joaquín Etorena. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006.
- _____. *La genealogía de la moral*. Ed. crítica Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- WHITE, H. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Trad. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino. Barcelona: Paidós, 2003.

SOBRE A AUTORA

Clelia Moure é graduada em Letras, com Mestrado em Letras Hispânicas (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina) e Doutorado em Letras (Universidad de La Plata), Argentina). É docente e pesquisadora do Departamento

de Letras, na Área de Teoria Literária na Universidad Nacional de Mar del Plata, na Argentina, com interesse especial em Teoria e Crítica Literária.

E-mail: cimoure@mdp.edu.ar

Recebido em 05 de março de 2017 e aprovado em 31 de março de 2017.